

la situación pues tenía alto prestigio entre los revolucionarios y su presencia acabó de tranquilizar los ánimos.

“Posiblemente aquel fracaso militar de Calles inspiró a Obregón el chascarrillo que frecuentemente refería diciendo que en cierta ocasión, teniendo Calles 45 hombres a su mando fue sitiado por el jefe orozquista doctor Huerta, un cubano nacionalizado mexicano y que al frente tan sólo de 35 hombres tenía sitiados a Plutarco y sus 45 hombres que se morían de sed. Que Calles, no pudiendo resistir más aquel tormento, decidió romper el sitio y montando ligero corcel logró salir entre el cerco de los sitiadores, pero era tal el pánico que sentía, que a pesar de que recorrió cerca de ocho leguas por las márgenes de un río, no se le ocurrió apaciguar su sed en las limpias aguas que vadeaba.

“Calles recibió de mi mano, al afiliarse al movimiento de 1913, el nombramiento de teniente coronel”.

LA CONVENCION DE MONCLOVA.—DE LA HUERTA REPRESENTA A SONORA

LA influencia que el señor De la Huerta tenía en el campo político en Sonora, como diputado local, hizo que unánimemente le comisionara el congreso para que como único representante del Estado asistiera a la convención de Monclova a fin de unir a Sonora con Coahuila, dejando a su criterio la aceptación de que la primera jefatura quedara en Coahuila, o pelearla para Sonora si así le parecía conveniente.

Aquella convención de Monclova fue convocada por don Venustiano Carranza como gobernador del Estado. Originalmente se había señalado Piedras Negras, y se deberían reunir los delegados de los diversos Estados para escoger el primer jefe del Ejército Constitucionalista.

Había aparecido, con fecha 26 de marzo de 1913, es decir, dos meses después del cuartelazo, un proyecto de plan suscrito por varios coahuilenses, insinuando la conveniencia de que se nombrara al gobernador de Coahuila como jefe. En realidad, ese documento no fue más

que un proyecto de algunos jóvenes, muy probablemente movidos por el propio Carranza para orientar en ese sentido la opinión a fin de que prevaleciera en la convención, pero no era un documento formal y sólo había sido originado por amigos del señor Carranza, tomando el nombre de Guadalupe con el propósito de que la memoria de la Virgen de Guadalupe le sirviera, como había servido al cura Hidalgo en el movimiento de independencia.

Tal proyecto no podía tener la aprobación de Carranza, ni su aceptación de la primera jefatura, cosa que, por otra parte, habría sido inoportuna, ya que no había sido efectuada la convención en la que habría de señalarse primer jefe.

Actualmente se celebra la fecha del 26 de marzo como la del Plan de Guadalupe, pero de hecho no fue entonces cuando se reconoció a don Venustiano Carranza como jefe.

De la Huerta, como se ha dicho, asistió a la convención de Monclova como representante oficial del gobierno de Sonora. Llevaba, además, la representación de los principales jefes militares, como eran Cabral, Alvarado, Obregón, Urbalejo, José María Acosta, y Calles, aunque este último en realidad no figuraba entonces aún como jefe de nota, era únicamente ex comisario de Agua Prieta que al frente de algunos hombres estaba en la línea divisoria pasando lista de presente y contando tan sólo con dos o trescientos hombres. Tampoco Diéguez figuraba aún, por más que, siendo presidente municipal, se levantó en armas en Cananea en 1913 y tomó parte en varias acciones guerreras.

Esas representaciones llevó el señor De la Huerta a la convención de Monclova, donde presentó sus credenciales; pero hay un detalle interesante previo a su llegada y ello consiste en que cuando De la Huerta telegrafió al señor Carranza en Monclova, diciéndole que salía para Coahuila llevando la representación del congreso, del gobernador del Estado y de todos los jefes militares, Carranza contestó telegráficamente instruyéndole que se entrevistara en El Paso con un comisionado suyo (que resultó ser Alfredo Breceda) que le esperaría en el hotel Sheldon. Juntamente con Roberto Pesqueira, se presentó en el lugar de la cita, pues en el camino había teleografiado a Pesqueira para que le acompañara y como Roberto objetara que no llevaba representación alguna, De la Huerta le dijo que se llevara la representación personal del gobernador del Estado y para ello telegrafió al general Ignacio L. Pesqueira, que aún conservaba el carácter de gobernador del Estado y su grado militar, y éste aceptó otorgar su representación a Roberto.

Se encontraron en El Paso con el comisionado de Carranza, que como ya se ha dicho resultó ser Alfredo Breceda quien saludó al señor

De la Huerta efusivamente, recordándole y agradeciéndole el servicio que en otra ocasión había recibido de él.

—Yo quisiera dar una vuelta por Sonora —dijo Breceda y comenzó a platicar buscando un pretexto plausible para acompañarle a su Estado.

—No andemos con rodeos —repuso De la Huerta—, usted está aquí, según el telegrama del señor Carranza, para entrevistarse conmigo y estoy seguro que ese viaje a Sonora que usted quiere hacer, tiene por objeto verificar si realmente tengo las representaciones que telegráficamente he comunicado al señor Carranza.

—No es precisamente desconfianza —repuso Breceda un tanto apenado.

—No; si eso no me molesta, por el contrario; su cautela me hace formarme una opinión favorable del gobernador de Coahuila, pues veo que es hombre cuidadoso. Así es que vamos.

Hicieron el viaje hasta Sonora. Breceda fue presentado por De la Huerta con los jefes militares y asistió a una sesión del congreso local en la que se confirmó la representación respectiva.

La cautela de Carranza, por lo demás, estaba justificada, pues no era lo normal que un solo individuo representara a todos los poderes de un Estado, ya que en semejantes ocasiones generalmente se nombraban comisiones.

Verificadas por Breceda las múltiples representaciones otorgadas al señor De la Huerta, ambos, después de recoger a Roberto Pesqueira que se había quedado en El Paso, se dirigieron a Monclova, donde llegaron el día 14 de abril de 1913.

En la estación, a recibirlos, estuvo don Venustiano Carranza.

Juntamente con los dos representantes de Sonora, llegaron los de Durango y Chihuahua, que eran el doctor Samuel Navarro y el profesor García a quien apodaban El Cócono y algunas otras personas más.

Acompañaban a Carranza algunos otros delegados que habían llegado procedentes de Nuevo León, don Pablo González que acababa de llegar de Chihuahua incorporándose a las fuerzas de Coahuila con 480 carabineros. Esa fue la primera ocasión en que don Pablo y don Adolfo de la Huerta se encontraron; las presentaciones las hizo don Venustiano.

El arribo había sido ya caída la tarde; por la noche el señor Carranza les invitó a cenar en una casa particular cercana al hotel, donde tenía el cuartel general, un edificio que estaba en la estación Monclova, a unos dos o tres kilómetros del pueblo.

Platicaban todos menos Carranza, que se limitaba a escuchar. Pero al ponerse de pie algunos de los presentes que deseaban conocer la población, De la Huerta se le acercó diciéndole:

—Señor Carranza: yo traigo una representación que me da una grave responsabilidad, tanto así, que usted mismo no quería convenirse de ella y por eso, haciendo perfectamente, mandó usted un agente de su servicio secreto para que lo confirmara. Yo querría, pues, saber a quién escogemos como jefe. Tengo profundas simpatías por usted, pero le conozco nada más por algunas referencias que me han llegado y por lo poco que hablamos telegráficamente en pasada ocasión. Eso pesa en mi ánimo y me inclina en su favor, pero no conozco aún su manera de pensar. Nada habló usted durante la cena y yo quisiera conocer sus puntos de vista sobre el movimiento revolucionario, su modo de conducirlo, sus apreciaciones sobre la cuestión social, etc., etc.

—Muy bien —replicó Carranza—, vamos allá, al hotel; allí platicaremos. —Y efectivamente allí estuvieron hablando hasta las dos de la mañana. En aquella plática Carranza expuso sus puntos de vista; hizo hincapié en la libertad municipal; en el nuevo catastro; consultó con De la Huerta cómo sería recibida la Ley del Divorcio en Sonora, del cual se mostró muy partidario. De la Huerta estuvo conforme en todos sus puntos de vista y, de paso, hay que hacer notar que posteriormente se dijo que Palavicini había sido el iniciador de la Ley de Relaciones Familiares, porque fue el primero en acogerse a ella, pero no fue así; la iniciativa fue de Carranza desde entonces. De la Huerta le planteó algunas cuestiones obreras y Carranza se manifestó partidario de ellas pero no muy entusiasta en cuanto a la formación de sindicatos y uniones que les fortalecieran en su lucha contra el capitalismo. Habló también Carranza de la nacionalización del subsuelo; mencionó igualmente la conveniencia de ser enérgicos con el enemigo y llevar el movimiento a todos los confines de la República sin aceptar ninguna oportunidad de acortar la lucha. Quería que se extendiera por todas partes y durara el mayor tiempo posible, para “desescombrar” completamente, según su propia expresión. Habló de la Ley de Juárez del 62 estableciendo la pena de muerte para todos los enemigos. Ahí De la Huerta le hizo notar los inconvenientes de tan drástica resolución, pues daba oportunidad a jefes militares, fuera del control de la primera jefatura, para ejercer venganzas de carácter personal que desprestigiarían el movimiento; pero Carranza se mantuvo firme y enérgico, haciendo notar que era necesario aplicar la pena de muerte a los que habían servido a Victoriano Huerta y los que con las armas en la mano, directa o indirectamente combatieran al constitucionalismo. La dis-

cusión sobre ese punto duró más de una hora, pero Carranza no cedió un instante. Cuando más tarde la Ley fue proclamada y puesta en vigor, los temores de De la Huerta quedaron justificados, pues fueron numerosas las víctimas y grande el descrédito del movimiento reivindicador.

En aquella convención, lo fundamental era escoger jefe del movimiento, y por unanimidad casi absoluta salió electo el señor Carranza al que desde entonces comenzaron a llamar primer jefe del Ejército Constitucionalista. Eso fue el 18 de abril de 1913.

Se ve pues, que la fecha que debía conmemorarse no es la del 26 de marzo, sino la del 18 de abril, como aniversario del Plan de Guadalupe, ya que fue entonces cuando tomó forma y se consideró seriamente el proyecto que habían suscrito algunos ayudantes o amigos del señor Carranza.

La verdad de las cosas es que aquel papel que hicieron circular y que se decía firmado por ellos en Guadalupe, nadie puede asegurar que fuera realmente así. Después han aparecido muchos reclamando el mérito de haber estado allí, pero no ha habido comprobación ni aclaración satisfactoria. Casi todos decían: "Yo no fui, pero sí supe que fueron algunos"... Lo más probable es que todos, o casi todos, hayan firmado en Saltillo o en Monclova.

Después de la Convención y ya elegido Carranza como primer jefe del Ejército Constitucionalista y aprobado por todos el proyecto del Plan de Guadalupe, dijo Carranza:

—Muy bien; ahora nos queda a todos los aquí presentes colaborar con todo entusiasmo para el derrumbamiento de este régimen usurpador. Como acabamos de conocernos prácticamente en estos dos o tres días que hemos estado juntos, no tengo una idea exacta de la forma en que ustedes pueden colaborar mejor dentro del movimiento conmigo y ustedes me pueden hacer sugerencias para las diversas comisiones que pudieran desempeñar.

El primero en contestar a aquella indicación fue Roberto Pesqueira:

—Tengo —dijo— muy buenas conexiones en Washington y Nueva York; puedo ser útil en aquella región como representante del movimiento constitucionalista. Fue aprobado por todos y se incluyó el nombramiento de Roberto Pesqueira dentro de los acuerdos de la convención. El profesor Andrés García pidió la representación en El Paso como cónsul. El Lic. Juan Neftalí Amador la de encargado de asuntos internacionales como consejero. El doctor Samuel Navarro, por conocer personalmente y ser amigo de Francisco Villa, pidió llevarle su

nombramiento de general aceptando desde luego el de jefe de su Estado Mayor para él mismo. De la Huerta guardaba silencio.

—¿Y usted, señor De la Huerta? interrogó Carranza.

—Yo no quiero comisión alguna; sólo quiero disfrutar de algún privilegio del que ya le hablaré a usted después. —Carranza asintió y cuando hubieron retirándose los demás, interrogó:

—Bueno, ¿cuál es ese privilegio que usted solicita?

—La autorización para hablarle a usted siempre con la verdad, sin eufemismo, con mi franqueza costeña y fronteriza, sin que nunca tome usted a falta de respeto mi rudeza ni la expresión clara y terminante de lo que es o sea el sentir de nuestro pueblo según mi apreciación y también mis opiniones recogiendo esos sentires y esas apreciaciones del pueblo mexicano.

—Muy bien —replicó Carranza— tendrá usted ese privilegio —y le estrechó la mano cordialmente; sin embargo, De la Huerta insistió:

—Pero que no se le olvide nunca; que siempre encuentre yo buena disposición de usted para llevarle mis informes.

La noche del último día sostuvieron aún una conversación interesante:

—Quiero hacer referencia —dijo Carranza— a acontecimientos pasados para tomar ciertas providencias. Cuando Pancho Madero nombró su gabinete en Ciudad Juárez y a mi me tocó ser ministro de la Guerra, mi nombramiento causó disgusto entre algunos jefes, particularmente Pascual Orozco y Villa, y pretextando algún otro asunto, se presentaron ante el señor Madero.

El señor De la Huerta tenía ya algunas noticias de aquellos hechos.

—Es necesario —continuó Carranza— que conozca usted este episodio para que sepa qué es lo que debemos esperar en el desarrollo del movimiento. Estuvieron insolentes Orozco y Villa, pero a pesar de que el primero de ellos era el que llevaba la voz cantante, el que formulaba la protesta, la mirada de Villa se me grabó, porque traía intenciones de ir todavía más lejos de lo que pretendía Pascual Orozco. —Y al pronunciar aquellas palabras, Carranza parecía estar nuevamente bajo la mirada amenazadora de Villa.

—Nos salvamos gracias a la entereza y valor de Pancho Madero, y quedaron las cosas como quien dice prendidas con alfileres, tanto así que cuando terminó el incidente y salimos con bien, le dije a Pancho: yo, que he sido contrario a esos arreglos con los delegados que vinieron de México, al ver esto, me inclino a que firmemos cuanto antes esos convenios con los delegados del gobierno, pues si hoy nos ladran, mañana

nos muerden. Y de allí vinieron los cambios de impresiones y cambios de orientación de don Pancho Madero.

Recordando esto he creído conveniente tomar nuestras providencias. Villa es un gran guerrero, es un gran organizador y un gran general; estoy seguro de que muy pronto lo vamos a ver al frente de corporaciones numerosas y digo esto porque me di cuenta de su actuación atacando por el flanco las columnas orozquistas cuando el avance de Victoriano Huerta y todos los informes que tengo son en el sentido de que este es un hombre tremendo, terrible, pero como es hombre sin freno, casi un inconsciente, es sumamente peligroso y debemos estar prevenidos.

Esas eran las palabras de Carranza, pero el señor De la Huerta sentía que más que todo estaba un poco adolorido por algo que le había llegado muy hondo en el asunto aquel de la protesta de Orozco y Villa en Ciudad Juárez con motivo de su nombramiento como ministro de la Guerra.

—Por eso creo conveniente —continuaba Carranza— que tomemos nuestras medidas para preservarnos de la amenaza de Villa. Esas fuerzas que voy a mandar rumbo a Tamaulipas, es con el objeto de formar allí una división. El coronel que le presenté esta mañana, Pablo González, es un jefe aguerrido, muy leal a mi y con mucha experiencia. Ha hecho una campaña muy brillante con los carabineros de Coahuila combatiendo al orozquismo. Ese irá a Nuevo León para organizar otra división. Aquí, en Coahuila, dejaré a Pancho Coss y a mi hermano Jesús. —Después preguntó cuáles eran las providencias que en el concepto de De la Huerta había que tomar en Sonora.

—Yo traigo —replicó De la Huerta— la representación de todos y todos son mis amigos y no puedo opinar en favor de Juan, Pedro o Francisco, pero se los voy a describir con toda imparcialidad y usted escogerá. —De la Huerta hablaba así porque entendía que lo que Carranza buscaba era escoger un buen "gallo" que, llegado el momento, pudiera enfrentarse con Pancho Villa.

Comenzó por hablarle de Juan Cabral haciendo notar su honorabilidad, su revolucionarismo; elemento de 1910, de los primeros que se lanzaron a la lucha en Sonora; hijo de portugués y de mexicana, nacido en La Colorada, criado en Cananea; hombre muy querido, muy sensato, sin vicios y revolucionario sincero, luchando en favor de las clases populares. Incidentalmente hizo notar que hablaba muy bien inglés.

Habló en seguida del entonces coronel Benjamín G. Hill describiéndole como un hombre que también había sido partidario del movimiento maderista desde antes de la revolución; que había sido encar-

celado, por cuya razón tuvo pocas acciones militares en 1910. Valiente, como lo había demostrado en dos o tres combates que había tenido ya en las postrimerías del movimiento; culto, habiendo sido educado en Europa, en Italia, popular, fogoso y de gran magnetismo personal.

Describió después a Salvador Alvarado como hombre muy inteligente que juntamente con él se había iniciado en el estudio de los aspectos sociales de nuestra política y nuestros anhelos. Identificado con el señor De la Huerta para buscar el mejoramiento del proletariado mexicano, explicó después que había pasado a Guaymas. Se habían conocido en Potam cuando Alvarado era segundo de su padre, Timoteo Alvarado, y desde el principio de su amistad le había manifestado a De la Huerta deseos de buscar ambiente distinto al que ahí tenía. Su amigo le consiguió empleo en Guaymas y allí, frecuentemente juntos, estudiaban los diferentes aspectos del mundo social. Alvarado era de tendencia socialista muy marcada y pronto se encariñó con la idea de ir a la lucha. Probablemente con ese propósito fue al mineral de Cananea. La influencia de su amigo De la Huerta se dejó sentir desde que éste le facilitó alguna obra sobre cuestiones sociales y le desvió su afición por la química. Alvarado tenía una obrita de Langlebert y quería encarrilar sus estudios por ese lado. No —le dijo De la Huerta—, yo estudié a Istrati en México, una obra mucho más extensa, un mejor texto y no me atrajo la química. Es mejor que nos dediquemos a estudios sociales.

Alvarado, como ya lo había explicado el señor De la Huerta, se trasladó a Cananea estableciendo allí algún negocio y allí lo alcanzó la persecución del gobierno. Cuando se sintió acosado fue a esconderse en su propia casa diciendo a su esposa que no abriera la puerta a nadie y él se fue al patio. La señora le obedecía ciegamente y cuando llegaron a llamar a la puerta los primeros esbirros en busca de Alvarado, ella no abrió, pero entonces comenzaron a gritarle: "señora, somos amigos de su esposo; somos amigos de Salvador y venimos a salvarlo", y engañada por aquellas palabras y no obteniendo respuesta de su marido cuando le consultaba de lejos, abrió la puerta. Cayeron sobre ella y la sujetaron mientras buscaban a Alvarado. La impresión que recibió la señora fue tal, que perdió la razón y posteriormente fue internada en un sanatorio para dementes.

Mientras tanto, Alvarado saltó la tapia y escapó por la parte trasera de la casa. Favorecido por la obscuridad emprendió el viaje rumbo a la frontera, logró cruzarla y allí se encontró con Juan Cabral, Rafael Romero y Pedro Bracamontes y los cuatro se establecieron en un pueblecito de Arizona llamado El Rey, esperando la iniciación del mo-

vimiento armado. Cuando la fecha llegó, fueron a presentarse a la Junta Revolucionaria de Nogales, de la que el señor De la Huerta formaba parte.

Todos esos antecedentes y detallados informes dio a don Venustiano el señor De la Huerta, agregando que Alvarado era revolucionario sincero, hombre muy inteligente que pese a su rudimentaria instrucción se había ido puliendo por su propio esfuerzo y sus anhelos de saber. Valeroso en la acción, como lo demostró, entre otras, en la batalla de Ojitos y otras que juntamente con Obregón sostuvieron en la columna del general Sanginés.

—Por último —continuó informando De la Huerta—, tiene usted al coronel Obregón; hombre de poca cultura que, sin embargo, suple sobradamente con una muy brillante inteligencia. Muy insinuante, locuaz, jovial y además se ha distinguido ya en las pocas acciones de guerra que ha tenido, como militar de gran porvenir. De él me dijo Sanginés: 'Si este muchacho se dedica a soldado, va a ser un buen militar' pero debo aclarar que no fue de 1910; él más bien fue porfirista o reyista. Lo acusan de lo uno y de lo otro, pero es un hombre que vale.

CARRANZA ESCOGE A OBREGON

PUES ese que sea el jefe —repuso Carranza—. De una manera discreta y sin lastimar a los demás, procure usted decirle al gobernador Pesqueira que sea él a quien señalemos.

La actitud de Carranza mostraba claramente desde entonces, que no se inclinaba mucho por los maderistas como lo eran Cabral, Benjamín Hill y Alvarado, sino más bien por el que no lo había sido. Y eso coincide con el cargo que posteriormente y desde aquella época se le hizo de no sentir simpatía por los elementos maderistas. De la Huerta, usando de la franqueza que siempre tuvo con Carranza y que fue lo que de él solicitó, alguna vez le dijo:

—Señor Carranza, se le acusa a usted de tener pocas simpatías por los maderistas.

—Pues están equivocados ¿no lo tengo a usted aquí?

—Pero una golondrina no hace verano.

—Lo que sucede es que no quiero a aquellos que fueron la causa de la ruina de Pancho Madero —y se refirió después a algunas perso-

nas que habían sido desairadas al presentarse en Piedras Negras ante la primera jefatura.

Así fue como Obregón obtuvo esa hegemonía a la que al principio no tenía derecho, pues en el terreno militar era tan sólo una promesa y aunque como promesa era brillante, no podía comparársele con los otros posibles candidatos. Acaso Carranza, con aquella idea fija de defenderse de Villa tarde o temprano, escogió a quien intuitivamente le pareció el mejor paladín sin tomar en consideración méritos revolucionarios ni tendencias sociales.

EL DECRETO DE CARRANZA DE 10 DE MAYO DE 1913

DESPUES de la batalla de Santa Rosa, encontrándose el señor De la Huerta en el campamento del general Alvarado, recibió la correspondencia que de Hermosillo le enviaban y, entre ella, una comunicación de la primera jefatura en la que se comprendía el decreto de 10 de mayo de 1913 relativo a la creación y establecimiento de Comisiones Mixtas de Reclamaciones.

Leído con toda atención, el señor De la Huerta encontró impropcedente aquel acuerdo de la primera jefatura, se lo mostró a Alvarado exponiéndole su opinión y Alvarado estuvo de acuerdo con ella, diciendo que, en efecto, encontraba en ello una amenaza para nuestra soberanía si dos comisionados americanos vinieran a intervenir en nuestros asuntos internos para determinar los daños causados por la revolución y que le parecía conveniente que le llamara la atención al señor Carranza sobre el particular. Ese mismo era el propósito de don Adolfo que sólo esperaba tener elementos para trasladarse a Coahuila, a Piedras Negras, que era donde se encontraba el señor Carranza. Alvarado le completó los dineros necesarios con doscientos cincuenta o trescientos pesos y ya con eso y sus propios fondos, emprendió el viaje primeramente a Nogales y de allí a Piedras Negras.

Al llegar a su destino, y usando de la autorización que tenía para hablar siempre con toda claridad, hizo ver a Carranza el error que en su concepto se cometía con la formación de comisiones mixtas. Y al hacerle tal apreciación, explicó que era la manera de pensar de todos los elementos sonorenses, es decir, del Estado donde Carranza pensaba llegar al salir de Coahuila acosado por las fuerzas federales.